

era hijo de Inga, y de su hermana, heredaba como más propíncuo y más cierto, á todos los demás, era prohibido casarse dentro de los grados que al principio dije, y pecar con alguna mujer de aquellas se tenia por gran culpa, y con esto quiero dar fin en lo tocante á los matrimonios, porque creo que me he detenido mucho aunque no ha sido más en mi mano.

---

---

CAPITULO V

*De la manera que tenían los Reyes y grandes señores de las Indias, en doctrinas y enseñar sus hijos buenas costumbres.*

Entre las cosas notables que la república de los Indios tuvo, fué el criar y enseñar á los niños y doncellas virtuosamente, porque aquella edad como blanda y nueva, se hace dispuesta para la virtud ó vicios y entonces se conoce cuál será el hombre ó la mujer, y por eso todos aquellos que tienen cuidado de la honra de sus casas, procuran que sus hijos sean amaestrados en la menor edad, para que después los padres tengan buena vejez.

En este capítulo, aunque no hable del hijo

del pobre y de poco valor, todavía por lo que se dijere de la crianza de los hijos de los grandes señores, se entenderá como comunmente todos eran más ó menos doctrinados.

Luego, pues, que los Reyes tenían hijos y comunmente los otros hombres de cuenta, lo primero que ordenaban era que sus mismas madres los criasen, y esto era ley general, y cuando la madre acaso estaba indispuesta, procurase que la ama que lo criase tuviese muy buena leche.

Tenían ellos por buena leche aquella que echando una gota en la uña no corriese y estuviese espesa.

Procuraban por todas las vías posibles que los niños no comiesen sino de un solo manjar, y que la madre ó ama no usase de otros manjares, salvo de los que comenzó á usar cuando dió la primera vez leche.

Algunas comían carne, otras pan caliente con sal y algunas frutas, principalmente una que ellos llaman Tomatl, daban leche cuatros años á las criaturas.

Amaban las mujeres tanto á sus hijos y tanto cuidado tenían dellos, que por no dejar de darles leche todo este tiempo, huyen de llegar-se á los hombres por no hacerse preñadas.

Si quedan viudas y con hijo que aún no está criado, por ninguna cosa desta vida se volverán á casar hasta que ya de todo punto lo hayan criado y pueda comer y hablar y andar por sí, y si lo contrario hiciesen, serían tenidas por malas mujeres.

En llegando á los cinco años, no estaban más en casa de sus padres, porque luego eran llevados al templo para que sirviesen allí á los dioses, y fuesen enseñados y doctrinados en las cosas de su religión, y supiesen bien las ceremonias y todo lo que tocaba al culto de sus dioses.

Allí eran enseñados de los sacerdotes y ministros de los templos, servían en las cosas menores en los sacrificios, y á cualquiera hora de la noche que los sacerdotes se levantaban á ofrecer á los demonios sacrificios ó á hacer alguna penitencia ú oración, los muchachos se hallaban presentes.

Si se habían de barrer los templos y habían de adornarlos con mantas ó esteras.

Si habían de lavar algunos vasos, á ellos pertenecían, y el que era allí hijo del Rey era el primero, y creía que le hacían gran merced y honra.

Estaban en los templos, no cuatro ni seis

años, mas todo el tiempo que les faltaba hasta casarse, de allí iba cada uno señalado para lo que habia de ser hasta la muerte.

Si habia guerra, de allí escogian los dispuestos para ella.

Las doncellas é hijas de los principales señores eran criadas con gran solicitud y mucha honestidad, para lo cual habia maestras y ayas rigurosas.

Desde los cuatro años tenian cuidado de enseñarles buena crianza, vergüenza y gran honestidad.

Eran castigadas cruelmente si hablaban palabra que no fuese honesta, y procuraban ensayarlas á que estuviesen muy encerradas, y en tanto era el rigor de este encerramiento, que muchas de ellas, desde que dejaban la leche hasta que se casaban, no salian la puera afuera, y cuando salian era al templo, y esto muy pocas veces, y volvíanse luego, y no se hacia sino por algún voto que habian hecho los padres, porque la habian tenido enferma, ó en la fiesta de aquel ídolo á quien la encomendaron.

Algunas veces salian las doncellas cuando habia alguna fiesta general, iban acompañadas de muchas viejas, y con tanta honestidad y sosiego, que no osaban alzar los ojos del suelo, y

si por ventura alguna vez se descuidaban, luego las maestras y ayas las reprendian y doctrinaban, y volvian á guardar la mesura acostumbrada.

En el templo no era permitido hablar las doncellas ni abrian sus bocas sino para decir las oraciones de que ellas eran enseñadas.

Tampoco hablaban en la mesa mientras comian, porque se tenia por mal caso hablar palabra allí.

Comian con gran silencio y muy templadamente.

No era permitido comer algún hombre con ellas.

Tenian los grandes señores sus casas de tal manera trazadas, que las mujeres viviesen por sí, y allí tenian sus vergeles y huertos donde se recreaban, y si por malos de sus pecados salian de aquellos aposentos las doncellas, el castigo que les daban era punzarles cruelmente los pies con aquellas puntas del árbol llamado Maguey y sacábanles sangre y reñíanlas cruelmente.

El castigo que habia para las doncellas algo desenvueltas era desnudarlas y herirlas con ortigas y darles muchos pellizcos, de manera que traian acardenaladas las carnes.

Enseñábanlas cómo habian de hacer mesura á los caballeros y todas las demás cosas de cortesania, conforme á su estilo.

En llegando las niñas á ser de edad de cinco años, luego las enseñaban á hilar, tejer y labrar, y otros buenos ejercicios, no habia de haber ociosidad en ningún tiempo, salvo en ciertas horas que ya tenian señaladas para recrearse, pero habia de ser delante de sus madres.

Hacíanlas velar mucho y que trabajasen siempre, y durmiesen poco, porque con el sueño y ocio no se hiciesen torpes y viciosas.

Procuraban que anduviesen limpias, y porque se inclinasen á ello, las hacian lavar tres y cuatro veces al dia, y la que no lo hacia la llamaban sucia y perezosa; no salian del aposento solas.

Cuando alguna era notada ó acusada de alguna culpa grave ó de alguna sospecha, si de ello estaba inocente, para purgarse de la infamia, hacia juramento en esta forma: «¿Por ventura no me ve nuestro señor Dios?» y nombraban el mayor dios de sus dioses, el cual tenian por cosa mayor, é hincando el dedo en tierra besábalo, y con este juramento quedaba purgada y salva, porque ninguno se atrevia entre ellos jurar tal juramento sino diciendo verdad.

porque tenian por cierto que si no decia verdad y juraba falso, que aquel dios por quien juraba lo habia de perseguir con alguna enfermedad ó infortunio.

No estaban los hijos con el padre ni lo trataban, mas cuando lo querian ver avisábalo y llevábalos una matrona noble y honrada en procesión, y llegados á la presencia del padre mandábalos sentar, y la mujer que los llevaba saludábalo en nombre de ellos, y allí callaban y no se movian, y la aya representaba los presentes que cada uno le traía, y estos presentes eran flores, rosas y frutas, que la madre les daba para que lo llevasen á su padre.

Las hijas llevaban lo que habian labrado y tejido con sus manos, así como mantas de labores, y esto daban al padre ellas con otros doncellitos que tenian ó podian haber.

El padre hablábales á todos avisándoles y rogándoles que fuesen buenos y guardasen las doctrinas y amonestaciones de sus madres y amas, que las tuviesen en gran reverencia, y dábales gracias por los presentes que le habian dado y por el cuidado que habian tenido de labrarle mantas.

Ninguno respondia ni hablaba palabra, ni cuando se despedian, mas haciendo una in-

clinación casi como de fraile, se despedían.

Procuraban mucho las madres y las amas de no allegar de noche á sí las criaturas cuando eran chiquitas, porque no las ahogasen.

Ningún hombre entraba adonde se criaban las doncellas, ni ellas hablaban con alguno, aunque entrase adonde ellas estaban.

Una vez acaeció que un caballero mozo hijo de un señor principal, saltó las paredes y entró en el aposento adonde se criaban las hijas del Rey de Tezcucó, por ver y hablar á una hija suya que él amaba mucho, y porque solamente lo vieron hablar con ella y en pié, y el Rey lo supo, el caballero huyó y la señora fué ahogada luego, y aunque le rogaron muchos señores por ella, él no quiso concederles lo que pedían, diciendo que hiciera mal si no castigara tan gran delito.

La gente popular no se descuidaba de criar sus hijos é hijas bien, porque aunque no eran tan poderosos ni tenían tantos medios para ello, todavía tenían cuidado, según su posibilidad, de hacer que los mozos fuesen virtuosos.

Entre esta gente plebeya, luego que el niño tenía algún juicio de razón, lo amonestaban y daban buenos consejos, y los apartaban de cualquier rastro de vicio que en él veían.

Poníanles á que sirviesen á los dioses en oficios más bajos que los hijos de los caballeros; llevábanlos á los templos y enseñábanles oficios á cada uno, según la inclinación y habilidad que tenía.

Lo más común era enseñar á sus propios hijos el mismo oficio que ellos se sabían.

Los que salían traviesos, si no se querían enmendar con amenazas y palabras, desnudábanlos en carnes, que no era menester mucho, según que traían de poca ropa, y con manojos de ortigas les daban, porque ellos aún no habían hallado el uso de los azotes en las nalgas, y otras veces les daban con varas delgadas de zurriagazos, y cuando del todo eran traviesos, dábanles humo á narices, como nosotros lo usamos, colgándolos los piés arriba y la cabeza abajo.

Y la misma pena daban las madres á las hijas; y si se huían de casa, buscábanlas los padres con mucho cuidado y volvíanlas á casa y castigábanlas cruelmente; pero cuando eran tan malos dejábanlos libremente, porque ellos venían después á ser esclavos, y los mataban como á bestias en sus sacrificios.

Castigaban los padres ásperamente si mentaban á los hijos, y así les daban pena pública,

y era hendirles un poco del labio, ó bezo; por lo cual los muchachos amedrentados de tal castigo, dejaban el mentir.

Tenian los muchachos unos como maestros y mayoresales que llamaban Telpuchtlato, y dividíanse por barrios, como nosotros por parroquias; á este pertenecía recogerlos, y trabajaba con ellos en traer leña para los sacrificios de los templos.

Si se edificaba ó reparaba algún templo, ellos servian allí como gente dedicada para esto.

Ellos mismos se labraban los campos y heredades que tenian dedicadas para que se mantuviesen, y tenian sus reglas por donde habian de vivir, cuándo habian de ayunar, cuándo barrer el templo; cuándo se habian de sangrar de las orejas y de los brazos y piernas y de otros miembros del cuerpo, porque desde muchachos se ensayaban á esto.

No se les permitía andar ociosos, y si cometian algún vicio eran castigados ásperamente.

El maestro en ciertos días los juntaba á todos y les leía y enseñaba lo que habian de hacer y los persuadía á que fuesen buenos.

Si se levantaban guerras miraban si eran

grandes para poder comenzar á seguir las armas, y enviábanlos á ellas, y si no los veian inclinados á reñir ni eran fuertes y osados, llevábanlos para que las viesen, porque perdiesen el miedo y se inclinasen más á pelear.

No sabían replicar á lo que les mandaban, porque les enseñaban á ser muy obedientes.

Cuando venian los Agostos, en los cuales se cogian los frutos de la tierra, pedian licencia para venir por tantos días para ayudar á sus padres.

Acabado de coger el pan ó las demás semillas, tomaban algo para la comunidad y volvíanse.

Dábanles poco de comer y mal aderezado, dormian en el suelo y con muy poca ropa aunque hiciese frío; sus dormitorios eran anchos y sin tejados los más dellos, ó á lo menos eran como soportales.

Todo esto se hacía para que así se hiciesen á los trabajos.

Cuando eran de edad para casarse persuadíanle que viviese bien, y que nunca se olvidase de lo que allí le habian enseñado.

También los pobres tenian cuidado de sus hijas, y las doctrinaban las madres muy bien,

y cuando las querían casar, les daban notables consejos, persuadiéndolas á que sirviesen y amasen á sus maridos con toda diligencia y cuidado.

Antes que saliesen de casa de sus padres eran enseñadas en todo aquello que convenia á una mujer honrada.

Mostrábanle cómo habia de honrar á los dioses y ser muy devota.

Cómo habia de ser honesta y mirar por la honra, y de qué manera habia de servir y amar á su marido.

Las mujeres cuanto á lo tocante á la religión guardábanlo principalmente, porque en abriendo la alba se levantaban y ponían incienso en el brasero y ofrecían sacrificio á sus dioses.

En lo tocante á la honestidad, comunmente guardaban lo que sus madres les enseñaban, principalmente las mujeres nobles, porque estas sobre manera eran honestas, y todas en común lo eran más que las nuestras.

En cuanto á servir sus maridos, ninguna sierva ni moza gastaba tanto tiempo en servir á su amo como ellas, todo lo expendían en mirar lo que habían menester sus maridos.

Y de tener los padres tanto cuidado de los hijos y las madres de las hijas, venian á ser

comunmente menos viciosos y á tener menos pecados los mozos, y los padres buenas vejezes.